

Gran Reserva

Con el transcurso de las semanas, la fotografía de Guillermo Miranda Cordón, como afectada por una inusitada gravedad, fue pasando de las portadas a las páginas interiores de los periódicos para, finalmente, caerse de la última página y desaparecer por completo. Tan solo volvía a aparecer de año en año, para recordar la efeméride de las extrañas circunstancias en las que el prestigioso bodeguero había desaparecido.

Unos decían que se lo había llevado el río; otros juraban haberlo visto embarcar con alguna de sus concubinas en el puerto de Bilbao, dispuesto a disfrutar de la fortuna secreta que había cosechado en asuntos algo turbios; otros que su mujer, despechada, lo había enterrado en alguna de las viñas... Pero no eran más que habladurías, no había ningún hilo del que tirar, parecía que al patrón se lo hubiera tragado la tierra.

Un lustro después de que desapareciera, me sorprendí al leer su nombre en la estación de trenes. Una pantalla enorme anunciaba la nueva imagen de la bodega y la última variedad que habían lanzado al mercado. La imagen era sugerente y atractiva: una cascada de vino nacía de un racimo de uvas perfectas y se derramaba en una copa de cristal.

Instintivamente, miré mis manos. Aún podía sentir la sangre pegajosa de aquel cabrón entre mis dedos. Hacía más de cinco años que nadie sabía nada de él. Y allí estaba su nombre, destacando en la pantalla gigante de la estación. Permanecí allí un tiempo indeterminado, viendo el anuncio una y otra vez, como hipnotizado por la cárdena catarata de vino y aquella docena de palabras:

“Don Guillermo, Gran Reserva, un vino con sangre, un vino con cuerpo”.

Y nadie era consciente de la literalidad ni del verdadero significado de aquella frase...